

Tiempos invisibles

Ana Matías Rendón

TIEMPOS INVISIBLES

Ana Matías Rendón



Capítulo 1

Pluma de agua y fuego

La luz producía la región oscura. Se movía ciego por el resplandor de los adornos. Era un ladrón entre las sombras de la catedral, un inmundo roedor rastreando las jicoterías del recinto. El olor trufado se desprendía por los pasillos, la madera de las bancas recién lustradas se le quedaba en las fosas nasales y el estornudo atrapado le hacían insostenible cualquier estancia. Las miradas sobresalientes de las paredes lo incomodaban. En medio de la angustia escuchó una voz proveniente de los sótanos. El corazón se le redujo, semejante a un animalillo que busca un escondrijo: su cuerpo quieto; sus entrañas revoloteaban. Los martillazos tras su espalda se confundían con la percusión del fondo...

El canto de los muertos, el lenguaje de jade resistiendo y los golpes que me llamaban: las gesticulaciones sagradas. El llanto lastimero de mis antepasados ascendía en espiral por la tierra del Mictlan, envolviéndome. La música del caracol rojo...

El ruido externo de los trabajos sobre la fachada de la catedral lo apuraban a salir, los destellos de la ornamentación, por el contrario, lo hicieron tropezar. A traspies pasó entre las bancas, uno de los confesionarios se abrió, esquivó la puerta y salió asustado.

El sol lo cegó, continuó huyendo en medio de una gran nube de polvo alzada por los cinceles, todavía atrapado por las imágenes de los demonios, vagó indeciso, alejándose de aquella montaña hecha de cantera gris. Llegó a la Plaza del Volador, donde una mujer negra de mediana edad lo vigilaba. Aquella mujer de cuerpo férreo y andar decidido sostenía una canasta en su brazo, velando los pasos del indio. Él giro para dar de bruces con su presencia.

La mujer con la enagua atravesada en la cabeza lo examinó por un momento, luego comenzó a caminar; la saya de seda y la camisola adornada de collares y pulseras le daban un donaire entre la multitud de sirvientes que a esa hora coincidían. El macehual siguió a la esclava con el temor en los pies y los ojos pegados al suelo, recogiendo cuánto ella le aireaba. No se volvió a separar.

*

Entró presuroso por las puertas del Palacio de los Condes, dejó los productos en el almacén y terminó sus faenas, listo para aprender el *pater noster*. La misma mujer de la plaza le juntó las manos en un aplauso que

resonó en los altos muros, lo que él no quiso decir, ni ella jamás supo, es que él conocía el rezo. Terco, como las piedras del río, como la Palabra de sus Antiguos Señores, se negaba la voz, a pronunciar correctamente, a mudarse de casa, en una frase: “a tener fe”, por ello, lo decía todo chueco, mal acentuado y con letras de más o de menos. Las risas poco disimuladas de sus vecinos eran confrontadas con el manotazo de algún señor de la casa.

En la noche, la estrella de los sueños lo llevó a esconderse al bosque, detrás de los árboles, a sentarse sobre la maleza y disuadir a la luna negra para que lo alejara de su opresión. Ahí se quedó durante un largo tiempo, oliendo el rocío de las plantas, cuando el frío lo despertó.

Quince inviernos conformaban la vida. A pesar de los años, podía recordar los rostros de sus muertos. La epidemia del fuego en el cuerpo había acabado con el poblado; los hombres de castilla, con su pueblo. Sus padres fueron los primeros, luego sus hermanos menores. El abuelo fue el último. Sucedió antes de que lo presentaran ante el gran fuego, antes de la renovación del *pilquixtia*, en la veintena en la que le darían el pulque, la bebida sagrada, y embriagarse para su consagración. El abuelo le extendió la mano en su lecho, ofreciéndole un collar de caracolillos. De esta manera escapó de la hora de la oscuridad. Comenzó a caminar con el pueblo en busca de nuevas tierras. Eran un grupo pequeño que se resistía a morir. “Ojalá no se hubieran resistido”, gimió para sus adentros. Los hombres blancos pronto los cazaron; los bosques no los protegieron lo suficiente. Él pudo guardar su collar en el *maxtlatl*, luego le quitaron todo. Los desmembraron, a cada uno lo dieron a diferentes señores. A él lo ofrecieron a los amos de la ciudad. Así se acabó el pueblo.

—A mí me arrancaron del corazón del bosque, después de que las aguas evadieron los lindes de sus canales, pero podía sentir cómo el Néctar de la Tierra se desprendía alentado por las marejadas del Señor del Viento. Los ojos acuíferos de los habitantes me desbordaban, los gritos me ensordecían...

El viejo de la cuadrilla, sentado en un rincón, bebía agua y de vez en vez lo miraba con compasión. El indio le platicaba a una mozuela de ébano que se apuraba a moler los chiles.

—¡Chist!, que no te oigan nombrar a Nuestro Señor del Agua Celeste ni del Viento Divino.

—No he mentado, mi boca es verdad, mi rostro es limpio.

La mulata detuvo el vaivén de sus brazos sobre el metate.

—La ciudad es como un páramo, somos matas entre las rosas, pero las personas regresarán, ya verás... —los jóvenes sirvientes se miraron de

rabillo—, entonces deberás tener cuidado con tu lengua, porque terminarás colgado de un árbol o devorado por las bestias.

El viejo se levantó para dirigirse a la salida.

—Es un mundo arcaico, un mundo remoto... antiguo... Un mundo que no existe más. Ahora los hombres de castilla son nuestros dueños. Nos han vendido nuestros Grandes Señores, los Señores Sagrados. Los coyotes nos han devorado.

—Es nuestro corazón, nuestra palabra, nuestro rostro.

—Es una historia de bárbaros —dijo el anciano antes de salir andando con una mano sobre el bastón y la otra puesta en la jamba de la puerta.

*

Empezó un año después de la gran inundación de 1629, en la Ciudad de México. Estuvo cuatro años en la construcción de los puentes, en el desagüe de los canales y en la reconstrucción de los edificios. Cuatro años sin levantar el rostro por miedo al látigo del amo. Su cuerpo enclenque que temblaba al cargar los troncos y se hundía con facilidad en el fango era apenas el tallo de un arbolillo que intentaba despuntar al cielo, ¿de cuándo acá había tenido el valor para alzar la voz, para contestarle a sus mayores?

Es como un furor que se forma a través de mí. Un fuego que amenaza con incendiarme. No puedo desprenderme de este pensamiento. Puedo ver cómo las aguas renacen sobre los cimientos de esta ciudad para devorarla, mientras me quemo. Estoy en la isla de perros, tembloroso, empapado, observando la torre de cantera gris. Tláloc sube por las paredes, serpientes de agua se tragan la catedral. Debo quemar el templo para que las aguas me apaguen...

El señor criollo entró para mirar a los sirvientes. La boca del macehual rozaba el cabello de la joven esclava. El hombre, cuya camisola pringosa apenas cubría la barriga corpulenta, sujetó al indio de las ropas para arrojarlo al suelo. El indio cayó con su odio aferrado. El amo acarició la cabeza de la mulata. Los patrones creían que estaba lista para procrear. Había que buscarle acomodo. La niña de ébano, cuyos esplendores sobresalientes y manos pequeñas molían los chiles con gran presteza podía perder su valor, a menos que se diera buen uso de ella. El patrón regresó la atención al indio, especulando que también podría hacer buen negocio.

—¿En qué fecha de nuestro señor Jesucristo naciste?

El indio no contestó. La mujer negra entró a la cocina excusando acomodar los panes.

—Tendrá unos catorce o quince años.

—Estos indios son muy mentirosos, mienten hasta con sus cuerpos, pueden decirte que son menores de lo que realmente son —la misma cantidad de odio con la que respondía el silencio del indio, era la del hombre que preguntaba— ¿cuál es tu nombre, perro?

El silencio fue interrumpido por la bofetada del criollo que luego salió de la estancia resuelto a demostrar que su voluntad sería cumplida. La niña acudió a su progenitora.

—Te venderán mi niña hermosa.

—Debemos huir —el indio miró los ojos de la madre, después los de la hija.

El anciano macehual se introdujo como un espectro.

—Tendrá que ser antes de que los Condes y el resto de los habitantes españoles regresen a la ciudad, de lo contrario, será imposible.

—¿Está loco, viejo? ¿O quiere que asesinen a mi hija? —luego se dirigió al mozo—, y tú, no digas tonterías. Mi señor lo arreglará, él pondrá a ese criollo en su lugar.

—¡Ese no es criollo! Su padre es un marrano, aunque de cualquier modo podrá hacer lo que le venga en muy buena gana.

El indio estaba ausente del diálogo, suplicando a la mulata que escaparan lo antes posible.

—Tú, muchacho, no vuelvas a retar al patrón... Este mundo está hecho de macehuales, ya no existen los grandes guerreros, ¿quién crees que podrá protegernos? —le dijo el anciano impedido de su andar.

*

El indio salió a la calle junto al resto de los trabajadores. La procesión se aproximaba en medio de un tumulto que recordaba las fiestas antes de las inundaciones.

El desfile pasaba ante sus ojos desorbitados. Los gritos y los abucheos lo envolvían en una especie de remolino. Un individuo vestido de sambito, amarrado, sobre una carreta era objeto de toda clase de vituperios. Los asistentes le arrojaban naranjas: la escasez impedía otro tipo de comida

para desperdiciar. Era una farsa macabra. El indio escuchó que alguien le gritó al reo: "¡marrano!" Entonces, levantó una fruta y la arrojó con todas sus fuerzas para sentir que en aquel proyectil iban condensados los rencores de sus pensamientos.

Caminó sobre las calles, al llegar a la Acequia Real divisó una canoa. La imagen le recordó el sueño anterior. El aluvión reinando sobre la tierra. Miles de personas suplicando ayuda, miles de rostros anegados de miedo. Madres cargando a sus hijos, levantándolos en brazos para que fueran salvados; abuelos aferrados a las vigas de lo que alguna vez fueron los castillos de sus casas, paredes de adobe flotando entre la basura. El llanto sin cesar. Las aguas teñidas de salitre, negadas a olvidarse del pasado. Los españoles navegando sobre canoas, con los rostros fijos a la salida del sol.

A lo lejos las campanas de las iglesias resonaban en un sólo canto de triunfo. Aquella noche los sueños lo llevaron a la oscuridad, al lugar de las tumbas, en donde se producían las voces que lo perseguían. Subió las escalinatas con el corazón estrujado. En la cima contempló las sombras.

En los subterráneos, los tiempos de la historia estaban enterrados por los nichos que se recubrían de azulejos. Los restos de Tonatiuh luchaban por salir a la superficie. Los baladros arañaban las paredes reproduciéndose en ecos infinitos. Las criptas también gemían: Zumárraga. Un cristo crucificado se levantaba en medio de una luz por encima del calendario solar. Huehuetéotl exigía el sacrificio de la sangre del enemigo. En el centro de los cuatro caminos estaba él, parado, listo para la renovación, pero el gran fuego sagrado se extinguía...

Quemar el templo, matar al enemigo. Ese es mi propósito. Ante el gran templo de Huitzilopochtli me vi, recibiendo el gran honor. La estrella florida viene a mí...

Volteó para ver a un grupo de españoles que miraban preocupantes sus alrededores encharcados.

—Tal vez los indios tengan algo de razón y esto sea una maldición —habló un caballero, haciendo la señal de la santa cruz.

—Antes serán nuestros pecados que de indios esta maldición —señaló un humanista.

—Los pecados de la ciudad. ¡Qué nuestro señor Jesucristo se apiade de nosotros! —expresó un religioso.

—¡Señores! Esto es sólo un error de ingeniería, bastará con construir

algunos diques para que se olviden de esas tonterías.

El indio volteó al otro lado. Su pueblo se ensanchaba al igual que el resplandor del sol. Luego se introdujo en su casa.

—Atlatcatluitl —lo llamó su abuelo, quien le mostraba una hermosa pluma blanca; su mano extendida en el lecho de muerte lo apuraba a recibir la pluma del joven guerrero...

El día le impidió recibir el último obsequio de su abuelo. Respiró acalorado. La atención de los sirvientes estaba sobre su cuerpo empapado. Alzó el petate, lo enrolló y lo acomodó en la pared, tomó un paquete envuelto en papel y buscó a la joven mulata.

—Nos iremos a los pueblos de las montañas, a *Tierra Caliente*, hablaré con el principal, mi hermano mayor, mi primo, hablará por nosotros —ante las dudas de la chiquilla, desenrolló el paquete y le mostró un vestido— diremos que eres mi esposa, te enseñaré mi palabra, hablarás *nauatl*.

La madre de la niña se acercó sigilosa a la pareja.

—El color de su piel será sospechoso.

—No será así, si hablas nuestra lengua.

La niña suplicó a su madre.

—Si eres vendida, podremos seguir viéndonos; si te vas, jamás sabré qué fue de ti.

La chiquilla lloró.

—Muchos han escapado. El señor de esta casa es igual a todos, irás a otra casa para que digan qué debes comer, con quién debes casarte, para agachar la cabeza cuando te lo digan. Ven conmigo, sé libre. Verás los árboles, el río, los pájaros, la tierra... serás una mujer libre, no una niña asustada.

La chiquilla limpió sus lágrimas, después de un largo mutismo, afirmó con la cabeza.

—Mi nombre dejará de ser Beatriz —confesó la niña—, me llamaré como tú, madre, para tenerte conmigo.

—Isabel —murmuró la esclava, agachando la cabeza.

—No, madre, me pondré tu nombre, el nombre que te dieron tus ancestros.

—Khira —respondió la madre, en una voz tan distante como la tierra que la vio nacer.

Beatriz tomó el vestido y cambió inmediatamente de ropas.

*

La pareja salió del palacio antes de que las enormes puertas fueran clausuradas con cerrojos, se internó por las calles perseguida por el patrón que escondía su origen a plena luz del día. Isabel hizo lo propio, siguiendo a grupo tan peculiar. Atlacatluitl sacó de su morral un cuchillo de pedernal, Beatriz se colocó detrás de él; esperaron en la esquina que daba al Templo de la Profesa, cuando llegó el criollo. El hombre de la lengua náhuatl clavó la piedra en los intestinos del hombre de Castilla que cayó de rodillas; el joven, en cuyo cuello resaltaba el collar de caracolillos, sacó el pedernal, lo levantó con la luna detrás y lo hundió en el corazón de su enemigo, al mismo tiempo que Isabel incrustaba por la espalda del amo un cuchillo de cocina. Entonces, las Khiras y Atlacatluitl, se precipitaron rumbo a la catedral.

El joven con las manos manchadas de sangre se acercó a las puertas de la iglesia, dispuesto a incendiarla. El ruido de un centinela alertó a los fugitivos.

—¡Qué esperamos! ¡Vendrán por nosotros! —apuró Khira, con la determinación que ponía en su andar cotidiano.

El joven dejó la mecha sin conseguir adentrarse en el corazón del templo católico para encender el gran fuego, sin embargo, el Señor del Néctar de la Tierra le ofreció sus bendiciones, la lengua del cielo divino habló con tal fuerza que la lluvia y los truenos acapararon la cúpula celeste. Los prófugos regresaron por las calles y atravesaron la plaza en dirección a la Acequia Real. Antes de embarcarse en la canoa, el indio volteó. *No será la catedral...* pero miró el Palacio Virreinal. A la distancia observó a un anciano barbado y desdentado que iba encorvado por cargar un enorme brasero sobre sus espaldas. Atlacatluitl entornó bien los ojos, en la circunferencia del brasero alcanzó a distinguir la fecha de 1692.

Los fluidos del canal empezaron a desbordarse chapoteando cual hervidero. La sangre del criollo teñía las aguas. Los habitantes de la Ciudad de México cerraron con más fuerza las puertas y se acurrucaron en sus habitaciones, suplicando a sus dioses que fueran benévolo con ellos. La alerta de los centinelas quedó sepultada ante la voz de Tláloc.

Entretanto, las tres figuras que navegaban la canoa sobre la Acequia Real se desdibujaban en la lejanía.

Capítulo 2

Esperando la libertad

Un papel pegado en el muro con la esquina desprendida. La pared sucia, color blanco que ahora languidece; una base, cuyo pigmento carmín ha regresado a su estado disperso sobre las vidas cárceas. En la alborada anterior, el vértice era apenas un grano imperceptible; para el ocaso, se había convertido en el ala de un pajarillo revoloteando constantemente para escapar de sus secuestradores.

Frente a lo que queda de la antigua casa comunitaria se encuentra una plaza solitaria que despierta al amanecer. El frío de la mañana obliga a levantarse. Una mujer está tendida debajo de lo que en tiempos recientes fue una banca de descanso. El cabello lacio y canoso cubre su espalda. La nivea cascada de la anciana saluda el muro otrora albo. Entre ellos avanza un caballero de pasos grandes. La mujer se voltea y alcanza a distinguir la figura que se aleja; se levanta con gran pesar, acomodándose las enaguas y sujetando la alforja vieja que le sirvió de compañera; se soba las sentaderas para bajar a los chamorros, turna las manos que aplacan ligeramente el malestar, luego reinicia fatigosa su camino apoyada de un palo de guayabo.

El día anterior los bandidos habían pasado con el alboroto que los distinguía, a galope, arrebatando los bienes de cuántos cándidos estuvieran paseando por las calles; hicieron un par de disparos al aire, los necesarios para no acabarse las municiones, luego se fueron a la cantina. En el poblado quedaban dos caballeros ancianos venidos a menos y un pueblo bajo acostumbrado a deambular como si no existiera. Los bandidos se fueron de aquellas ruinas a las que poco podían saquear y con más sed de la que trajeron. La anciana llegó detrás de los pasos en polvo. Las personas la atendieron como se ignora a un vagabundo. A saber cuánto tiempo llevaba la mujer caminando, pero sus pies coronados de grietas estaban enrojecidos; aún con la mugre conjuntada de sus andanzas podía apreciarse un leve hinchamiento que delataba su cansancio.

Algunas personas salían de sus hogares con preparativos improvisados para acoger al hijo del castellano recién llegado, sin reparar en aquella figura sombría que intentaba apurarse para alcanzar su destino. El sol mostraba el camino de la mañana como guía incuestionable de los deseos de la mujer, sólo cuando siguió su curso natural, ella dejó de perseguirlo para continuar las huellas de la alborada desvanecida. Cada amanecer consultaba a su brújula celeste para corroborar que no se hubiera

desviado.

El camino era de terracería, tierra seca salpicada de matas como constelaciones en el firmamento, las cuales hacían juego con sus labios arenosos. Al frente, únicamente, un campo árido sin fin. Tres días estuvo en el camino viendo pasar caballerías, caminantes con guardarropas y perdidos en busca de salvación; algunos venían en contra, otros la rebasaban y otros más cruzaron frente a sus pies.

Cuando el camino pedregoso quedó atrás, su cuerpo se estaba descascando, hilos de líquido escarlata escapaban de las comisuras de su piel, en las grietas de sus labios, en la sequedad de sus ojos, y el prurito atacaba sin piedad sobre sus piernas cansadas y sedientas, sólo el trueno de las herraduras en cataratas la despertó de súbito, cual si hubiera despertado de una pesadilla. Los hombres llenos de lozanía reían en paseo dominical: "¡hagamos patria!", se le escuchó a uno, mientras sus compañeros alzaban sus dagas de acero. Entonces los alrededores se mostraban más bondadosos con una alfombra de pasto y el canto de un río que resplandecía al final del sendero. Los caballeros rebasaron a la anciana conduciendo a sus caballos para atravesar el afluente, perdiéndose entre escaramuzas lúdicas.

*

El sueño lo atormentó durante toda la noche, tenía tanta sed que pensó que moriría en ese momento. Los pies los tenía inusualmente hinchados. Debía ser por la falta de movilidad. Los grilletes ya comenzaban a deformar sus tobillos, los cuales observaba con el deseo que su mirada los rompiera por un designio divino. Cada día disminuía su ración de comida, unas gotas de aguamiel y un pedazo de tortilla fría era lo que le quedaba. Afuera un sol esplendoroso, un día maravilloso mezclado de noticias sobre fusilados y ratas colgadas del cadalso improvisado por los árboles. Aquel jovencito de hombros escurridos pasaba su tiempo dibujando aires de libertad tras las rejas, aguardando la compasión en los ojos de sus carceleros.

Al inicio eran cincuenta personas amontonadas en un cuarto de cinco por cinco. Llegaron al mismo tiempo, aunque pertenecían a diferentes intereses. El grupo de presos era una muestra variopinta de la población, los había blancos, mestizos, negros, mulatos e indios. A los gachupines los habían desvalijado y, para las sonrisas de los compañeros de celda, los habían dejado en paños menores; a esos fueron a los primeros que colgaron. Los mozos que venían en tono de camaradería dejaron de reír al escuchar sus lamentos; a este grupo pertenecía el preso más joven, el último sobreviviente.

El mozo salió del pueblo acompañando a sus cuatro amigos en busca de la aventura y de una futura concubina. La sierra guardaba su propio

tiempo alejada del propósito histórico de los patriotas en ciernes, de los salteadores de caminos y de los oportunistas de ocasión. A los pocos días los muchachos se dieron cuenta que el mundo había sido quebrado. Un remolino de sucesos que incluía el incendio de los caminos los hizo correr hacia su perdición.

Vagaron por espacios abiertos comiendo lo que la naturaleza les ofrecía, sin conocer los nombres de los lugares, siguiendo su instinto –que dicho sea de paso, no estaba bien desarrollado– hasta que el cautiverio los encontró. El miedo se apoderó poco a poco de sus almas extraviadas. Las risas que profesaban en medio de su confinamiento intentaban torpemente ocultar la incertidumbre. Así, cuando se llevaron a los gachupines no dudaron en seguir a los demás, gritar vituperios y escupir entre las rejas, al menos, antes de que fueran ejecutados.

A partir de entonces el ánimo cambió, pues nada les garantizaba que no tuvieran la misma suerte. Los gendarmes servían a sus propios fines. El resentimiento compartido no los unía para un mismo propósito. La situación dividía a los carceleros y los presos, así éstos se volvían parte de una nueva sociedad en donde su origen quedaba en el olvido.

La cárcel era una casa colonial que había sido destruida en diferentes épocas, ora por los independentistas, ora por los realistas o los insurgentes, o los conservadores, o los liberales, todos por turnos hicieron de la casa, la Casa de los Infames. Ahora estaba desnuda ante el vergel que la rodeaba, sosteniendo toda clase de presos y prácticamente en escombros que dejaban ver su única pieza habitable con una reja rústica y los signos de las distintas reconversiones que sufrió a lo largo de los años; con seguridad, en sus mejores momentos había sido una bodega o el cuarto de los sirvientes.

Cada vez que los guardias se acercaban a la puerta los detenidos se aglomeraban en los recovecos de la celda. Los hombres peleaban por quedarse al fondo. Los captores entraban y agarraban lo primero que estuviera a su mano, mientras otros vigilaban con los fusiles listos en caso de amotinamiento. Sucedió que las personas que eran llevadas no volvían jamás. Los gritos desesperados durante el día o los gemidos en la noche eran lo último que se sabía de ellos. Algunos presos intentaban mirar de reojo por las esquinas de la celda con la intención de conocer el destino de aquellos desgraciados, pero cuanto veían parecían ser las borrosas imágenes de la tortura que se multiplicaban por la imaginación. Los cinco amigos se volvieron cuatro al inicio de la segunda semana, se habían llevado al obeso del grupo en medio de llantos y rasguños por asirse de alguien. El joven escuálido podía oír los reproches de “El gordo” que se negaba a cooperar, lo que le hubieran hecho lo calló en una tarde en que los gendarmes se emborracharon. Lo que era de cierto es que los raptores

se regocijaban con el miedo que inducían.

Al principio no había grilletes, se mantenían pegados al suelo por el terror que les infligían los secuestradores, quienes tendían a bien tratarlos mientras estuvieran encerrados, les traían abundante agua en cubetas de madera y tortillas con chile: podían saciarse lo que quisieran. Las dudas surgieron cuando notaron que se llevaban a los más fuertes, entonces el jovenzuelo preguntó que qué les hacían, en una tarde en que un gendarme especialmente contento les llevó la comida. El señor, bastante corpulento para aquella época de disturbios, no le contestó, sólo se largó y unos momentos después regresó con lo que parecía la pata de un animal a la cual le arrancaba la carne a mordiscos y, con una sonrisa, dijo: "nos los comemos".

Los presos que juraban haber distinguido los tormentos a los que eran sometidos sus compañeros aceptaron la palabra del carnívoro, en cambio, el jovenzuelo negó la situación: "Tal vez se los lleven para venderlos...", dijo con la intención de poder dormir aquella noche.

Esa ocasión fue oportuna para que los presos decidieran rebelarse. "No más cárcel", se dijeron, y al momento que vinieron por más presos se les fueron encima a los secuestradores con el valor de sus cuerpos. Las ráfagas de los fusiles acribillaron a todas las personas sin distinguir entre presos y carceleros. Cuando terminó la refriega, el polvo era el testigo más fiel. Los gendarmes entraron a la celda y sacaron los cuerpos arrastrados por las patas. El joven no se atrevió a moverse y dejó que le quitaran los cadáveres de encima. El guardia que le había contestado su imprudencia lo miró y sonrió, luego se llevó el último cuerpo que lo había resguardado. Cuenta final: tres sobrevivientes. Los grilletes fueron por el mero gusto de los gendarmes. Los muertos fueron descuartizados a la vista de los presos y los miembros arrojados a los perros que pronto murieron indigestados.

*

La anciana llegó a la ciudad en la noche. El nerviosismo atacó sus piernas, sus grandes troncos temblaron. Recordaba tenuemente las calles citadinas. Las sombras abarcaban todo el ambiente, no había nadie que encendiera la iluminación, lo que alcanzaba a ver eran piedras gigantescas, deformaciones que habían cambiado el lugar de las calles. Miró hacia todos lados, indagando cuál camino seguir. Después de unos minutos se decidió por atravesar lo que parecía ser una calle cubierta por escombros.

Entró al edificio en donde vivía su hija. Una casona colonial que fue abandonada con los primeros avistamientos de los cañones de madera dirigidos a la ciudad; para la época en que los cañones hechizos hicieron los mayores estragos, la casona ya había sido saqueada en varias

ocasiones y reconstruida otras tantas con materiales improvisados. La anciana vio la caseta de la entrada con la puerta abierta y a un costado una columna que ocultaba a la patrona junto a dos mujeres. La patrona vestía una blusa blanca de mangas largas y un faldón grisáceo claro, se podía notar su estatus en la limpieza de sus ropas que iluminaban la oscuridad. Las otras dos mujeres estaban vestidas más sombrías, una llevaba un blusón floreado en el que colgaba un collar de bolas, mientras la más joven tenía un vestido cubierto por un rebozo grande que la cubría como el chal de una dama. El contraste era evidente con la viajera, cuya falda manchada sobre más manchas y su blusa bordada revestida de un rebozo negro, estaba cubierta de polvo. La errante saludó con un ademán, señalando que subiría en busca de su hija, lo que la patrona interpretó bien. Ella no hablaba.

—¿Busca a su hija?

La anciana volteó. Las socarronas la miraron con desprecio.

—Murió... —agregó de sopetón la patrona y sin esperar alguna reacción continuó— de pura necesidad, hace como un año, ¿verdad? —las mujeres asintieron.

La viajera volteó hacia los rincones del edificio, las varias puertas de madera que adornaban los tres pisos de la casona evidenciaban los cuartos de aquella vecindad improvisada. Todos parecían estar habitados, incluyendo en el que su hija residió. A un lado de la caseta había una vivienda con un prodigioso portón y la ventana protegida por una reja de hierro forjado —la casa de la dueña sin duda—; al otro lado del patio, se encontraba una pared desnuda excepto por un par de contenedores con basura recién quemada. Para allá se dirigió, barrió con su pie los desperdicios y el polvo, luego colocó parte de su rebozo en el piso, puso su alforja como almohadón, se acostó junto al palo de guayabo y con el exceso del rebozo se cubrió.

La patrona miró el ritual, luego hizo una mueca a sus amigas y se retiró a su vivienda. Las inquilinas hicieron lo mismo. La anciana miró por largo tiempo las verjas sumergiéndose en una especie de encarcelamiento, sus ojos acuosos se cerraron para que las imágenes de sus recuerdos la inundaran. Estaba impedida de la palabra, más no de las lágrimas. A su hijo se lo llevó el sistema; a su hija, el hambre; sólo le quedaba su nieto.

La última vez que vio a su hijo fue el día que le llevó a su nieto: la madre había muerto después del parto. Su vástago se fue cargando un machete nuevo que no tuvo tiempo de afilar, en cambio dejó una alforja de bastante uso. Lo vio tomar el camino hacia los linderos, mientras ella cargaba al recién nacido y su esposo la esperaba junto al fogón. En contraste, su hija se había ido para trabajar con una patrona de la ciudad, pero cuando fue a buscarla se encontraba en una pulquería sirviendo

mesas. La invitación llegó después de unos meses de quedar viuda, sin embargo, regresó pronto para continuar criando a su nieto.

Esperó la salida del sol a la entrada del edificio. Lo examinó como cada mañana, excepto que esperaba un camino más allá de las coordenadas geográficas. Luego de leer con atención al astro celeste, se encaminó entre los escombros de la ciudad, una ciudad que cambiaba en todo momento. Todo cambiaba, menos ella. Cada grupo insurgente pretendía acabar con los símbolos y el poder de su adversario, cada edificación o régimen era aplastado por otro dejando cada vez más escombros y nuevos trazos ciudadanos.

Muchos inmuebles estaban inservibles, habitados por la perdición. Aquí, allá, se levantaban vecindades espontáneas y mal construidas que daban resguardo a todo tipo de personalidades. El desorden era lo común. La aniquilación de resignificaciones en edificios y gobiernos llevaron a que los derrumbados duraran la vida de las personas; las toneladas de cascajo servían como materiales de reconstrucción, los cuales se podían encontrar a cada paso; las calles sin pavimentar perdían el sentido. La destrucción de los edificios se equiparaba con las muertes de cristianos que también quedaban tirados durante días, de ello no se escapaban ni las propiedades eclesiales, al contrario, éstas sufrían los mayores embates. Así surgieron más gobiernos, viviendas, basureros, comercios, vagabundos y callejones.

La abuela miró los restos de la capilla del Rosario, el convento de Santo Domingo parcialmente derribado; siguió por la calle de Leandro Valle, la cual ya era un callejón, y subió por los escombros. La mujer se quedó anonadada ante la visión que el escenario le profería. Un campo de guerra que hacía sonar los arcabuces. Retrocedió ante el humo de la artillería. Miró el sol del atardecer que le dijo que cambiara la dirección de su camino.

*

Uno de los tres presos gritó durante días que deseaba morir, la comida dejó de ser común y el agua era un privilegio. La monotonía de la escasez se apoderó de los días. El joven veía la profundidad de la vida en los árboles y el pasto que se veían alumbrados por el sol de mayo; esperaba que lloviera, pero los cielos se hacían de rogar. La cotidianidad se interrumpió por una romería de nuevos presos que incluía mujeres, sin embargo, sólo se detuvo una tarde y desapareció. Lo único constante era el loco gritando por su muerte, mientras los demás intentaban mantener la cordura. Luego el silencio externo se hizo cada más más extenso...

Las pisadas de un hombre que intentaba ser sigiloso se acercaron a las rejas y sin mediar palabra disparó en la cabeza del pobre delirante. El cuerpo pudriéndose duró una semana. El muchacho vomitó en varias

ocasiones, produciéndole horcajadas que le impidieron mantenerse de pie. Al octavo día su único compañero también había muerto. Sólo quedaban los insectos liberando el olor de la muerte. Gritó para que vinieran en su rescate, pero la respuesta fue el mutismo de los gendarmes.

Cuando el desfallecimiento lo llevó al final de los sueños de una tierra despoblada y polvorosa, en el que caminaba sin tregua, el gendarme de la sonrisa amable abrió las rejas y se llevó los cuerpos engusanados, después le dio de beber un poco de aguamiel y le dejó tortillas con chintextle. Los gendarmes habían vuelto y el joven sintió gran alegría al escuchar sus risas envueltas de alcohol.

La vuelta a una normalidad carcelaria duró poco. El joven oía en el fondo una batalla cruenta, los disparos que ahuyentaban a los pájaros, la detonación rompiendo los últimos muros de la resistencia de la ciudad, su corazón a golpe de martillazos que esperaba que su vida tomara un giro: la vida plena o la muerte, pero después de días la cuadrilla había abandonado el sitio y los enemigos no habían roto los muros de su encarcelamiento: la vuelta a la incertidumbre, al hambre, la sed y los sueños.

La soledad lo hacía desvariar, los esbozos trazados por sus dedos dibujaban fantasmas, su cabeza ladeada saludaba una figura fantasmagórica. La habitación ennegrecida poco le ayudaba a mantener la lucidez. Los grilletes habían cortado sus tobillos. Aquel cuerpo aprisionado se tiró de bruces sobre la tierra del piso con el brazo extendido intentando alcanzar los barrotes. La cárcel era un escenario lúgubre en el que alguien había olvidado un cuerpo, un envase con gotas secas de agua miel y restos de tortillas. El sueño de aquella noche fueron las verjas que se acercaban a su rostro para recordarle su encierro.

*

La anciana cruzó los restos de la devastación. El palo de guayabo la sostenía sobre un patio descuidado, con grandes matas y árboles que rompían con sus raíces el suelo. Observó en el fondo una casona arruinada con el costado aún de pie: una bodega cuyo acceso había sido agrandado con un atentado y restaurado por un enrejado rústico. La libertad puede estar al alcance de unos pasos. Las esperanzas de libertad se encontraban en la oscuridad, en otro sueño que miraba cómo una mujer se acercaba a través de un paraíso, perseguida por un sol escondido detrás de sus espaldas.

En el fondo de aquel cuarto insalubre con el sol de frente y unas rejas de por medio, se encontraba el nieto perdido, los pasos de la anciana se apresuraron con tal fuerza que el palo de guayabo se quebró en el camino alargado por el anhelo del encuentro, la viajera tambaleó, pero siguió firme. La cabeza rematada por una abundante caballera negra y lacia

yacía bajó un cúmulo de moscas que la sobrevolaban, el brazo inerte con una mano que mantenía dos dedos extendidos cubría la tierra que fue en otro tiempo una tortilla. En el último sueño, el joven distinguió a su abuela entre las rejas, sin embargo, ella no alcanzó a sostener su mano.

Capítulo 3

Conquistas platerías

Mi nombre es Inés y escribo porque puedo. Esta es mi historia. Mi nombre real no importa, nadie lo conoció luego de que mis padres me llevaron a bautizar con el sacerdote del pueblo. Nací el día de Santa Inés, el mismo día, catorce años después dejé mis vestidos habituales. Mi madre había muerto la noche anterior y despedida con prisas a la mañana siguiente, para la noche mi padre me había ofrecido al cacique. Aquel día mi corazón se llenó de temor. Nunca antes había conocido el miedo.

Vivíamos en el Paraje del Arroyo, lejos del pueblo, donde se escuchaban a las estrellas tintinear. A la medianoche, a la hora en que se perdía el llanto por mi madre, cambié mis vestidos viejos por las ropas mestizas que el cacique me había regalado por anticipado. Aquel hombre no me quería como esposa, ya tenía una; pretendía mi vida. Al salir de la casa mis pies dejaron el acostumbrado chasquido sobre la tierra. Luego de estar lo suficientemente alejada para que mis pasos no alertaran al verdugo, corrí con pies ligeros sobre la cordillera para encontrar el camino antiguo de la Ruta de Plata. A partir de ese momento me destiné a huir y mi padre a seguirme. Nunca entendí por qué se empeñó en mi persona, tal vez, porque en su jactancia se impedía aceptar que su pertenencia se fuera sin más, humillándolo ante el cacique y el pueblo.

Al atardecer del nuevo día llegué a las minas de Nuestra Señora. La gente se arremolinaba sobre un patio extenso, algunos con cubetas repletas de piedra, otros alistando las cargas para las mulas; al fondo, los rezagados lavando las últimas tinajas de madera en donde se lavaba la plata. A parte de los hombres que sostenían grandes mazos, había ancianos, mujeres de todas las edades y niños sentados en el suelo.

Me acerqué a la mina para pedir trabajo al patrón. No fue difícil, el cerro era un centro de tránsito constante, personas iban y venían, trabajaban días, años, sin que al patrón le importara: siempre había manos para la veta. De vez en cuando nos observaba con desconfianza, su mirada se empeñaba en escudriñar nuestra piel. No lo culpo, aquella gente todavía tenía miedo de los grupos de honderos. Cuando las recuas de mula cargadas de plata pasaron en procesión hacia el Camino Real, la mirada fija del hombre de barba giró de inmediato para vigilarlas.

Mi trabajo de pepenadora consistía en recolectar entre los desmontes mineros las piedras dejadas por los quebradores y limpiarlas. El patio de la pepena reunía a cien mujeres, quienes conocían de minas decían que eran pocas, que en sus mejores años debían ser miles. Las mujeres

éramos palliris, lavanderas, granzeras o pepenadoras; los hombres, mineros, acuñadores de monedas o transportadores de riquezas; los niños, picadores, pepenadores o fregadores en los hornos de fundición.

A lo que más le temía era a entrar a los despachos. El interior de las minas era una boca negra que tragaba lo mismo a los niños que a las mujeres, o los hombres. No distinguía en su gula por recibir la ofrenda que se merecía por enriquecer a los patrones. Una tarde escuché a dos mineros hablar sobre aquella entrada al infierno, frente a la capilla de las misas:

—Antes aquí había una Casa del Señor, un templo cuyas escaleras alcanzaban la cima del monte, perdiéndose entre la corola del Sol, pero ya ve, que aquí vinieron a plantarnos esta iglesia —dijo el minero cuyo apellido era mi nombre, mientras se acomodaba las cabritillas viejas de sus manos.

—Por favor, compadre, eso fue hace mucho tiempo, ni usted ni yo vivimos esa época...

—Pero eso no quita que critiquemos su gusto por destruir los cerros, ese afán que tienen por la plata, su hambre por las riquezas que nos llevan entre las patas —el compadre lo miró con incredulidad— si no me cree, entonces fíjese en el trabajo que tenemos —los hombres se miraron llenos de tierra—. Las minas son la boca del infierno —al mirar el hastío de su interlocutor continuó—, me lo dijo el cura: mientras más excavemos, más cerca estaremos del demonio; fíjese cuánto calor hace allá abajo... Hay que cuidarse de lo que hay allí.

—Eso qué tiene que ver con las edificaciones de los salvajes...

—¿Cómo qué? Que los patrones todo lo cambian, todo lo destruyen... que nosotros somos los salvajes.

El hombre de recelos le dio una palmada a su compañero de relatos fantásticos y se fueron hacia la entrada de la condenación. Yo estaba recargada sobre una gran roca a la que sabía que en algún momento la acabaríamos haciendo polvo, cuando los escuchaba. El relato del minero me inquietaba. El infierno se caracterizaba por las grutas, los muros que amenazaban con caer y el pánico a ser alcanzada por mi padre. Contemplé el lugar que el minero había señalado como el nicho de un templo antiguo, una época que desconocía. El mundo que me sostenía había perdido la memoria.

La primera vez salí de las cavernas deslumbrada por el horizonte del ocaso. La tela rojiza imperaba sobre el cielo, dividiendo el plano de lo visible y lo no visible. Me encontraba en el tiempo de la incertidumbre, atrapada en un tiempo hipotético de disyuntivas en el que mi padre me

alcanzara o continuar mi camino. Los años me darían la respuesta.

El tiempo aciago se escapó de mi corazón para inundar el mundo. Las personas dejaron de trabajar en las minas, faltó la mano del mestizo, del indígena y el mulato, los caminos fueron obstaculizados, dejó de haber suministros de azogue, los mazos de los maestros quebradores estaban agotados, los mercaderes de plata venían por su carga para buscar nuevas rutas y evitar ser detectados en sus comercios informales. Los yacimientos mineros se fueron despoblando. La época de los columnarios perfectamente acuñados y las barras de plata se convirtió en la era de la nostalgia. En la casa de moneda provisional –que dejó de ser provisional hacía medio siglo– se habían confeccionado monedas de toda clase, del medio real a los ocho reales, monedas de contramarcas y monedas de necesidad con una infinita variedad de troqueles, pero ahora nos volvían a pagar con macuquinas de $\frac{1}{4}$ de real cuyo resello tenía un águila en medio de un óvalo que no podía detectarse a qué bando pertenecía.

Me encontraba en los lavaderos, enjuagando la plata molida y separando el mercurio cuando don Inés me avisó que un hombre de piel cobriza y traje de hondero buscaba una mujer con mi descripción. Solté la bandeja y limpié mis manos en mi vestido. Lo miré, y estoy segura que mis ojos delataban la angustia que a partir de entonces no me dejó dormir.

El hombre de los relatos también se preparó para marcharse por siempre. Antes de despedirse me invitó a irme con él, su rostro bondadoso quiso decirme tantas cosas, pero se contuvo en una sonrisa. La mano de don Inés sostenía unas monedas que agitaba con indecisión: sus pensamientos iban de arriba abajo. Tomó una y me la ofreció.

—Tú no perteneces aquí, vete antes de que te alcance.

Aquella tarde tomamos caminos opuestos.

Al salir del cerro había aprendido todo sobre el trabajo de la mina, también sobre la matemática. Los caminos estaban atestados de arqueros, lanceros y honderos. Miraba sus rostros con cuidado por si mi padre se escondía entre ellos, pero ninguno hacía alguna señal. Las mulas que habían transportado sobre sus lomos la plata de los yacimientos corrían desbocadas, al fondo se escuchaban los disparos y los caballos en carrera. Al pasar los honderos, los saludé y continué mi camino.

*

Escapar era mi destino. Huir de mi padre como una liebre de su cazador. Mis pies de voladora, más rápidos que los de mi verdugo, me permitieron llegar a lugares inimaginables. Pasé por pueblos muy variados, no recuerdo cuántos fueron, pero caminé durante varias lunas, mirando constantemente sobre mis hombros por si alguien me vigilaba, pero

siempre encontré a mi propia sombra.

Aprendí a no mezclarme en las calles de los grandes poblados para evitar que me agredieran las gentes acaudaladas. Trabajé en cada lugar, en el campo, en la tienda o en la casa de algún patrón, pero sin detenerme durante mucho tiempo. Prefería las comunidades pequeñas y mestizas, porque podía pasar desapercibida, aunque no siempre se podía, en ocasiones me enfrentaba a incómodos interrogatorios: ¿quién es tu patrona? ¿Qué haces en estas calles? ¿Dónde está tu familia? ¿Cuál es tu esposo? Y más por el estilo.

Había pueblos en donde no nos entendíamos, su lengua era muy distinta, pero me daban de beber y un poco de comida para el camino. En cada lugar aprendía nuevas palabras. Había aprendido tanto que la gente luego se sorprendía. En un pueblecillo compré mis primeros calzados. Eran unas tiras de cuero adornadas con unos listones blancos. No me importaba que me lastimaran, estaba decidida a utilizarlos, a vestir como gente. Mi orgullo lo exhibía sin disimulo.

Una tarde que me encontraba sentada lavando mis pertenencias le pregunté a la señora de la casa que qué era aquella nube que se levantaba de la tierra. Ella volteó hacia donde le señalaba:

—Es el humo del tren —me contestó sin importancia

—¿Dónde está? —indagué con la emoción que me producía algo que no podía imaginar.

—En Puebla, en la ciudad, mejor apúrate con tus cosas para que me ayudes.

Tren. Esa palabra se me pegó como los versos de un poeta. La repetía de forma constante. Era sonora como el rumor sobre sus historias. Mi imaginación me conducía a Puebla y nadie podría impedir llegar a ese lugar.

*

La ciudad era un hervidero de conmoción, la cual se podía definir en demoliciones y reconstrucciones. El ruido era infinito; el movimiento, apresurado. La gente no me preguntaba nada, si acaso me miraba ocasionalmente para hacerlo con desdén. Había tanta gente que ninguna ciudad en la que hubiera estado se comparaba, dudo ya que alguna otra fuera ciudad.

—Si esta ciudad te parece grande, imagina la Ciudad de México, ¡es mil

veces más grande!

Mi nueva amiga que trabajaba con una patrona de alcurnia me alborotaba la imaginación. Carmen era de mi edad, pero nunca había ido a México, sólo se conformaba con las historias; creció en la casa de la señora Durán, su madre la llevó siendo muy niña, fue ahí donde aprendió a comportarse, a usar los utensilios que la gente de bien ocupaba de común. Ella me dijo que la señora Durán era una buena mujer y le pediría el favor para mí.

Los primeros días vagaba por las calles, dormía entre los edificios desplomados, viejos o abandonados, junto a decenas de personas que mendigaban en el día. Durante ese tiempo el dinero se fue acabando, comía lo imprescindible, pero caminaba todo lo que podía. Carmen también me llevó a conocer el ferrocarril. Era una víbora de ébano gigantesca, inamovible y silenciosa. El tren viajaba de forma constante a la Ciudad de México. Los próximos días me acercaba para ver su salida de la estación, miraba extasiada el humo convirtiéndose en nubes, el encarrilado del gran gusano y la forma en cómo tomaba velocidad. La gente ni siquiera reparaba en mi existencia y esa sensación de ser un ánima en pena era realmente gratificante.

Carmen tardó unas semanas en recomendarme con la señora, pero me consiguió una ayudantía. La señora Durán era una mujer muy reservada, pocas veces se le podía ver en la casa, la mayor parte del tiempo estaba recogida en sus aposentos. Pasaba demasiado tiempo entre libros. El señor Durán decía que su mujer estaba enferma. El señor Durán, por el contrario, vivía embrutecido. Él provenía de una buena familia, recordaba entre sollozos cómo era su vida de niño, cómo la desgracia lo perseguía en el fracaso de sus negocios, además de lamentarse de que Dios le hubiera negado los hijos que tanto añoraba, por todo esto, despilfarraba su herencia en la embriaguez. En la casona también vivía Gertrudis, la ama de casa, que estaba al tanto de la señora y quien cuidaba de su aseo personal; Carmen, que era la ayudante de limpieza y cocina, y María, la cocinera. A mí me habían dado la labor de cuidar las áreas públicas y el almacén.

Como los primeros días no conocí a la señora Durán, me la imaginaba como una anciana aquejada de malestares, no fue sino hasta que me llamaron para ayudar en la limpieza de su recinto del saber que descubrí a una mujer madura, de semblante serio y ameno. El lugar albergaba torres de libros cubiertos de cuero de todos los tamaños. Gertrudis me apresuraba a limpiar cuando notaba que me quedaba absorta entre las imágenes y Carmen sólo me hacía señas de complicidad. Le pregunté a Carmen si ella sabía descifrar los enigmas de los libros, me contestó que había ido a la escuela del sacerdote de su pueblo y sabía algo; quedó en enseñarme por las noches: las letras eran hormiguitas que andaban sin

moverse.

En la medida que el salón de la señora era gigantesco duramos varios días desempolvando los muebles. Ahí aprendí a pulir la plata, el oro y el cobre, también a que la piel de mis manos se pelaba con la mugre de los metales. Estaba maravillada con la riqueza del despacho, pues era la primera vez que veía la plata convertida en adornos lujosos. Mientras pulía los platones veía mi reflejo, mis cabellos largos en juego con mis ojos y mi boca. Aquello me hacía recordar los lavaderos en las minas... entre mis ropas tenía todavía la macuquina de plata de ¼ de real que me había dado don Inés, no la había gastado, pensando que podría ser un gran recuerdo... por ello, no pude evitar preguntarme, ¿por cuánto tiempo debería lavar la riqueza ajena? Si esto era todo lo que me deparaba la vida. Veía los libros y me cuestionaba si alguna vez yo podría grabar mis memorias como las personas que habían escrito aquellas obras. Estaba tan abstraída que no me di cuenta cuándo dejé la bandeja de plata para sostener un libro.

—Ese libro está forrado con piel humana —el tono de la señora Durán no fue de regaño, ni de reclamo, pero hizo que soltara el libro de inmediato.

Espantada, eché dos pasos atrás. La tonalidad de dicho libro era ligeramente más clara que el resto, la sensación entre las manos era igual a las de otras cubiertas.

—¿Te gustan los libros?

Asentí con la cabeza, tenía miedo de que fuera una imprudencia hablarle directamente a la señora. Carmen a su vez sólo nos miraba. Era una suerte que Gertrudis estuviera ausente.

—¿Sabes leer?

—Yo le he enseñado las letras, señora —Carmen contestó apresurada.

—La piel fue de un criminal que asesinó a una mujer por robarle unas cuantas monedas —la señora se acercó a recoger el libro—, no hay por qué sentir compasión, los criminales no merecen piedad.

A partir de ese momento, la señora de la casa destinaba un tiempo para enseñarme a leer y escribir, me instruía en historia, en ciencias y literatura. Me compartía todos sus conocimientos, era evidente que durante años su lengua había sido secuestrada y que ahora gozaba de libertad para comunicar todo lo que su alma guardaba. Alguna vez me dijo: "estos libros contienen las historias y saberes de todos los pueblos, puedes aprender mucho sobre el mundo y la humanidad si te empleas en su estudio con dedicación". Eso fue lo que hice. Sólo Gertrudis me observaba como una intrusa; su mirada era inquisidora, podía notar que

me deseaba grandes males.

Si la ciudad fuera un libro, se podría explicar su primer encuentro como la mirada asombrada de quién descubre un tesoro literario. Te acercas con lentitud, azorado por el cúmulo de significados que no consigues descifrar en las primeras líneas, como un enamorado, pero a mitad de la lectura descubres las profundidades que desconoces al asir el libro. A mitad del camino de un mal libro, puedes dar cuenta de las aguas que se estancan, de las algas que surgen para enturbiar la fuente –como la del zócalo–, y poco a poco va surgiendo el desencanto. Así podía notar que la ciudad en realidad era un lugar inamovible con conventos avasallados y abandonados, un barroco sustituido por el neoclásico y un escribano recopilando los textos antiguos. Igualmente, descubrí el fondo de la ciudad, un tiempo lento que no había notado por la impronta causada por la admiración. Los sitios no variaban, se reconstruía muy poco, los trabajos duraban eternidades, al grado que cualquiera que hubiera dejado de venir por un largo periodo, podía encontrar las calles iguales.

Algunas plazas estaban prohibidas para los empleados y mendigos, pero en otras se podía transitar siempre y cuando se guardara el orden. El zócalo era un cruce de caminos, una zona en la que las personas comunes y las grandes personalidades paseaban en dos líneas paralelas. La gente de la acera andaba sin mirar hacia los lados, en cambio los que estábamos al otro lado, sobre el lodo que dejaban las remodelaciones, mirábamos extasiados los colores que sólo el lujo podía comprar. A mí me gustaba acudir a las fuentes, aunque no fueran un paisaje especialmente hermoso. La fuente del zócalo se encontraba azolvada de tierra, el agua estancada contenía verdes algas con sapos que de cuando en cuando salpicaban a los transeúntes.

La lenta remodelación hizo que los acueductos se vaciaran, hubo días en que la falta de agua se hizo insoportable, caminar por las calles era como hundirse en los retretes. Las calles estrechas tampoco ayudaban a que el olor se disipara, incluso las hacía intransitables. Paradójicamente, los encharcamientos causados por los trabajos de remodelación y las lluvias esporádicas se desbordaban sobre las aceras, al punto de que los sacos de harina de una panadería fueron utilizados como diques para evitar una mayor catástrofe. El primer cuadro de la ciudad que permitía al viento circular traía el olor de los desechos enfermando a parte de la población, así que la gente no soltaba los pañuelos y los abanicos.

Con todo lo anterior, seguía caminando la ciudad. El último día en Puebla, salí a comprar las veladoras para la señora Durán. Al dar la vuelta sobre la calle de Miradores observé a dos cocheros intransigentes que se negaban a darse el paso –la trifulca había atraído a una multitud de curiosos– al examinar bien, noté que era el cochero del señor Durán y el mismo señor Durán frente a otros dos caballeros: todos inundados en el lodo. La escena parecía una comedia y me hubiera reído sino hubiera sido porque en la

contraesquina estaba mi padre. Tenía tiempo vigilándome sin darme cuenta. Habían pasado años que lo había olvidado por completo.

Me miraba fijamente. La cinta fuertemente amarrada en su cabeza tenía las tiras viejas, mientras su manta tejida, cubriendo su cuerpo, era nueva. Abrió el abrigo y me dejó ver su machete, sus piernas eran largas y fornidas. La edad no había pesado en sus andanzas. Cruzó rápidamente para darme alcance, yo giré y me interné en las calles enlodadas. Cuando las calles me resultaron insuficientes me encaminé hacia las afueras de la ciudad.

Corrí entre los acueductos rellenos de broza, esquivando los obstáculos naturales que me ofrecía el entorno, sin embargo, nada hacía desistir a mi perseguidor que había desenfundado su arma y me acosaba sin pudor. Tuve que regresar a las calles de la ciudad, las personas nos veían pasar, pero nadie gritó o alertó el peligro, era indudable que nosotros éramos parte también de la comedia que se desarrollaba en el olor apestado. Cuando me faltó el aire me cuestioné seriamente si no era mejor entregarme a la muerte; caminé trémula hacia la multitud que ahora chiflaba y aumentaba el alboroto: el señor Durán y su cochero seguían sin ceder el paso.

Al estar a la distancia de una nariz, las mujeres gritaron horrorizadas.

—¡Un hombre des...! —La mujer no terminó la frase al ver a mi padre portando su traje tradicional que dejaba al descubierto una parte de su cuerpo.

—¡Qué indecencia!

—¡Policía! ¡Policía! —gritaban las damas al unísono.

Mi padre temeroso guardó el machete y cubrió sus carnes. La gente notaba su presencia, una presencia incómoda. Los cocheros que habían acaparado la atención de los ciudadanos también voltearon para conocer al hombre que les había quitado protagonismo. Los gendarmes se acercaron y lo arrastraron afuera de la comedia. El silbido del tren anunció el final de la escena.

Mi única solución para escapar se encontraba en el tren que notificaba su próxima salida, sólo que no podía regresar a la casa de la señora Durán por mi dinero o para avisar lo sucedido, eso podría entretenerme. Tal vez a mi padre lo soltarían sin más. En mi bolsa tenía un par de monedas, más el dinero de la compra, podría completar para un boleto. La mayor parte estaba en el cuarto de servicio, hacía mucho tiempo que no cargaba todo mi dinero, confiada en que mi progenitor se hubiera olvidado de mí.

Me apresuré sobre la calle del Hospicio, el Mesón y di vuelta sobre la Once para llegar al ferrocarril y rogué porque me vendieran un boleto. La tercera clase era bastante cómoda para mi huida. Era probable que Carmen me extrañase, que preguntara por mí en las calles, pensando en que algo me hubiera pasado, incluso que la señora Durán se extrañara de mi ausencia, pero no podía arriesgarme; supe que había decidido bien cuando vi a mi padre en la plataforma observando el tren que me conducía a la Ciudad de México. Sabía que la próxima vez que nos viéramos no tendría mucha suerte.

La última imagen de la ciudad de Puebla la tuve cuando el tren viró, la torre de la catedral se tambaleaba y el tren daba ligeros brincos que nos hicieron rogar por nuestras vidas. El temblor de aquel año hizo añicos la reciente remodelación que había tardado por la lentitud de un tiempo que intentaba apresurarse sin éxito.

*

La gran Ciudad de México no era tan diferente a la ciudad de Puebla, las calles se dividían según el rango social de los transeúntes, excepto que las remodelaciones estaban caracterizadas por un movimiento acelerado de la maquinaria que apoyaba la construcción de edificios, negocios, plazas y monumentos. A dónde quiera que iba escuchaba voces que añoraban el pasado, un lugar de estabilidad, donde el ritmo de edificación era lento, cuando los minutos lo eran todo, cuando eran diminutos; en donde el sonido no era exponencial. Aquellas voces también tenían esperanzas en el futuro, en un gobierno que fuera como Francia y la economía atrajera las mieles del oro y la prosperidad de los comercios para los dueños mexicanos. Todos sentían nostalgia por los siglos de construcción derrumbados en días y expectación por el futuro de la modernidad, menos yo, que avanzaba sin remordimientos y deseaba dejar el pasado lo más lejos posible, en tanto el futuro me era incierto.

Busqué por días en dónde acomodarme, el hambre había hecho de mí una piltrafa andante. Salí de Puebla con mi calzado viejo y mis prendas de trabajo lo que me daban un aspecto de mendigar, lo cual tampoco estaba tan alejado de mi condición; en este trance, recordé mi $\frac{1}{4}$ de real de plata que aún tenía entre mis ropas y me negaba a gastar. Mi memoria estaba tan fatigada que no podía recordar por dónde andaba, a veces me sorprendía sin recordar mi nombre.

La luz llegó como si mirase directamente al sol, en un destello que me dejó por un momento ciega, caminé sobre la calle, hipnotizada. El paso se caracterizaba por una serie de adornos y joyerías exhibidos en infinito orden. La calle de platerías era un insulto a mi pobreza. Me detuve en la iglesia de la Profesa, una mujer vestida sobriamente repartía comida para los pobres. El alimento me devolvió las esperanzas en un futuro que no

comprendía. Luego me acerqué a un negocio de la plata.

—Trabajé en las minas y en la casa del señor Durán en Puebla, aprendí a limpiar la plata. También sé escribir...

La patrona me interrogaba con desconfianza, mientras el patrón sólo nos miraba.

—Pero no sabes de orfebrería.

—Sé trabajar, patrona.

—Bueno —me replicó de mala gana— empieza por limpiar la tienda —me ordenó, dándome un trapo para que empezara de inmediato— luego veré cuánto te pago.

A bocanadas fui leyendo la Ciudad de México. En el edificio que estaba al final de la vía, los soldados llegaron a desalojar a los habitantes de una casona colonial convertida en vecindad. Esto era tan común que cada desalojo era ignorado. La ciudad crecía acosta de sus pobladores. La gente elegante se quejaba de forma constante que hubiera indios que no respetaran los espacios, la policía debía atender estos asuntos antes incluso que los robos que sufrían los comerciantes de las otras calles, pues se consideraba un daño moral a los ciudadanos. Con la ampliación de la calle de los plateros, era común que el polvo cubriera la mercancía. Por ello, me la pasaba limpiando y pidiéndole a los mendigos que no se acercaran. Tal petición me acarrearía conflictos, pues con mi aspecto no podía imponer razones morales.

Las fachas de los edificios se transformaban tan rápido que era difícil atender cada cambio. Mi nueva patrona impedía que mis pensamientos vagaran entre las calles, apenas me veía suspirar me daba una nueva tarea. Así, aprovechaba cuando me mandaba a comprar los víveres, dejar recados o llevar algún pedido, para observar con detalle a la ciudad.

Cuando las reparaciones empezaron en el edificio frente al negocio de mis patronas, pude contemplar el tiempo que continuaba inexorable. Una verdad que me sobrecogió. Ni los relojes de platería que presumían de su exactitud podían seguir las huellas del tiempo. La mampostería del edificio era derrumbada por tres albañiles que se afanaban uno tras otros como si fueran un monstruo de seis manos. Los albañiles tiraban el cascajo del segundo piso como si fueran señores de las nubes produciendo lluvia de polvo, mientras dos afanadoras recogían la basura sin darse abasto.

La ciudad me gustaba menos que cualquier otro lugar, sobre todo, cuando escuché que había aparecido el cadáver de una mujer. Mi patrona no dejaba de hablar con las esposas de otros plateros sobre aquella muchacha de vida inmoral a la que habían degollado. La zozobra se hizo

mayor cuando apareció un segundo cuerpo en el río Consulado. La gente comenzó a decir que era como en Inglaterra, en donde Jack "el Destripador" asesinaba a prostitutas y mujeres pobres.

En una tarde que limpiaba, un hombre de peculiar presencia se acercó al edificio en remodelación. Era un hombre de buena estatura, corpulento, que vestía pantalones ajustados y un chaleco. Platicó unos momentos con el albañil, luego se acercó al negocio, me saludó cortésmente y se retiró con una gran sonrisa en su rostro.

Otra tarde, mi patrona me mandó llevar unas telas a la señora Bejarano, me repitió el nombre y la dirección en varias ocasiones que me molestó que tuviera que fingir ser tonta para no contrariar su orden y como salida para que no viera mi irritación le pregunté por mi pago, pues en los días que llevaba no había recibido ni un centavo. La patrona se molestó y me despidió de inmediato a la casa de la vecina.

Al llegar a la puerta fue innecesario llamar, la señora estaba saliendo acompañada de una de sus mucamas. Hablé a la niña que le asistía para entregarle las telas, sin embargo, la patrona volteó a mirarme y me agradeció el envío. La situación me abrumó. Tal vez haya sido el coraje que mi patrona me había hecho pasar o mis ropas que no había cambiado, que la señora Bejarano me tomó suavemente del brazo:

—¿Te tratan bien mi niña? ¿Deseas una mejor patrona? Puedo emplearte conmigo.

No fue el tono en que me habló, pues era una voz melosa, fue algo que había en la dama que me hizo negar y quererme ir inmediatamente. Me negué cortésmente y di vuelta sobre la calle. Me dirigí hacia la catedral sin entender cuál sería el rumbo a seguir. No lo sabía entonces, pero la muerte me rondaba como las moscas al cadáver.

Más de diez años habían pasado desde que hui de mi casa, que ahora me había cansado de seguir sin saber cuál sería mi destino. Mi padre estaba al final de la calle del zócalo. Nos miramos un rato. A diferencia de Puebla, ya no cargaba su machete sino un cuchillo, traía sus ropas tradicionales y un morral abultado. Mi padre, que pudo casarse nuevamente y tener más hijos, olvidándose de mí, estaba en la esquina esperándome con los ojos inyectados en sangre. El odio puede más que cualquier afán de alegría. Pero a diferencia de las otras ocasiones en que nos habíamos encontrado, esta vez no saldría corriendo. Me acerqué dispuesta a enfrentar mi destino. A media calle estaba el hombre del chaleco que también guardaba un puñal y me miraba con extrañeza, dejé de observarlo y me concentré en mi progenitor que sacó entre sus ropas el cuchillo. Me reclamé el no haber comprado un arma, tal vez un fusil y acabar con esto de una vez, pero un fusil de 25 pesos era impensable, más porque no sabía utilizarlo. Reí para mis adentros, ni siquiera en un momento de

desesperación podía dejar de soñar.

Estábamos a diez pasos de distancia cuando un hombre de baja estatura se acercó con premura a la espalda de mi padre y, sin más, lo apuñaló tres veces. La sorpresa en el rostro de mi progenitor fue mayúscula, tan semejante a la mía. El ratero tomó el morral y desapareció entre el griterío de la gente. Mi instinto me acercó a mi progenitor que yacía de bruces, en su mano aún conservaba el cuchillo, el cual guardé.

La gente estaba espantada, pero no se preocupaba por el hombre atacado, algunos se quejaban del mal aspecto que daba al zócalo, algunos alegaban que la sangre era de mal gusto, llamaban a los gendarmes, mas estaban seguros que aquel asesinato era culpa de la pobreza que se permitía en la ciudad, lo mismo que los asesinatos de las mujeres. La gente elegante se aglomeraba para ver la muerte de un indio a manos de un mendigo: mi padre tratado como basura. Mi padre siempre fue distante, pocas veces tuve algún intercambio con él, mi único acercamiento era al servirle la comida. La escena me avergonzaba, me avergonzaba que algún día hubiera querido ser gente, ser una persona como las que rodeaban el cadáver de mi padre. Mis lágrimas cayeron mientras me alejaba, no lo hacía por él, porque estaba segura de que me hubiera asesinado, sino por las muertes de los indios y las mujeres sin nombre que daban mal aspecto a la ciudad.

Sentía que ningún lugar era mi lugar, era huérfana, libre para caminar el mundo a mis anchas y, por extraño que pareciera, no sabía a dónde más ir. Así que el único camino era desandar lo andado. Aunque no sentía el mínimo entusiasmo. El ímpetu que me había llevado a recorrer los pueblos se había diluido, en cambio quedaba un espíritu en las sombras. Saqué la macuquina de $\frac{1}{4}$ de real, oculta entre mis ropas, para comprar una pieza de pan que me ayudaría en mis primeros pasos de regreso.

Caminé entre las soledades que me habían dejado los mundos contrahechos y los recuerdos de lo que alguna vez significó algo. "Más bajo no se puede caer", pensé, pero sabía que quien hubiera pensado semejante tontería no había profundizado lo suficiente sobre la vida. Se podía caer aún más. El mundo podía ser más cruel todavía. Mi corazón se volvió a llenar de temor en medio de los caminos.

Al llegar a la vía que conducía hacia Bermejillo, los pastizales escondían a un hombre menudo y de recias carnes. Me miró sin emoción en sus ojos, los cuales agachaba para aparentar humildad. Se ofreció para ir juntos al crucero. Platicaba con él fingiendo un ánimo que me reprochaba constantemente. A cierta altura sugirió cruzar los pastizales para adelantar el paso. Él iba adelante, cuando bruscamente volteó para abalanzarse sobre mí. Supliqué para que no me hiciera nada, apelé a su

madre, a dios, a su moral...

—Creí que eras bueno... —miré el escapulario que colgaba de su cuello—
Dios no te perdonará...

La frase hizo que sus ojos se agrandaran en un hito de sorpresa. Ese pequeño instante me sirvió para reponerme, saqué el cuchillo de mi padre y le encajé la muerte, sino murió en el momento lo haría después. Su cuerpo cayó sigilosamente como el de mi padre, su morral de viaje se abrió de golpe y cayeron varias monedas de plata, me agaché y entre ellas observé una macuquina de $\frac{1}{4}$ de real, con el águila en medio de un óvalo. Tomé la moneda de plata, "los criminales no merecen piedad", recordé, y corrí entre los grandes pastizales sin conocer el rumbo, buscando entre los indicios del cielo algún signo al cual aferrarme para poder llegar a casa.

Mi calzado se deshizo en los meses de viaje, volví con los pies desnudos, sin dinero y mis andrajos por ropa. Mi casa tenía el techo derrumbado, las paredes de madera tambaleaban con el viento. Caminar lo desandado era una ilusión. Había andado tantos mundos, conocido tantas personas, recorrido tantos paisajes, aprendido tantas palabras, que de ningún modo era la niña que había huido en medio de la noche. Regresé al Paraje del Arroyo, contemplé mi macuquina, y lo sabía, sabía que era más fuerte. Hoy estoy en este soleado paraje rodeada de hectáreas de naturaleza. Aquí esperaré al cacique o a cualquiera que venga a buscarme. Este es mi lugar.

Capítulo 4

Horizonte

La ubicación eran dos ojos de otoño. Sentado sobre una piedra, frente a los árboles gemelos que lo vigilaban como centinelas nocturnos. Sus pies tocaban ligeramente una lata de sardina vacía y una jícara de guaje tirada por descuido. El pelo ralo caía enmarañado por toda la coronilla, algunas canas destellaban el aguazal, su boca era una línea apenas marcada. La mirada perdida, saltando las demarcaciones imaginarias que suponían las agruras. Estaba seguro de lo que había visto. Los fogones en torno a los cuales la gente comía y reía, algunas sombras danzando en la circunferencia y las plantas machacadas por los pasos.

La fogata se había extinguido hacía tiempo, el humo y las cenizas eran vestigios de la vida pasada. La única solución lógica se encontraba al borde del cañaveral, allá donde sus ojos no alcanzaban, el horizonte, por el entramado que formaban los animales feroces, los precipicios, los ríos y el canto de las montañas impenetrables, el camino antiguo tragado por el presente removido, un sendero que se insinuaba infranqueable por encima del círculo.

Recorrió de niño aquella ruta que lo conducía a un lugar de gran ajetreo, la ciudad de los caballos, los cuales producían los chasquidos de la lluvia sobre las baldosas. No podía recordar quién lo llevaba de la mano, únicamente el brazo delgado, moreno como la tierra. El tiempo llegaba para disolver el sueño y regresarlo al inicio.

La fiesta perpetua del camino se esbozaba como la promesa del desenlace. Parado, podía verlos; caminando, intentaba recordarlos. Las plantas, ocultas por la noche, permanecían inmóviles, testigos del movimiento. Las teas fulguraban al ritmo de los impulsos de los cuerpos. Las noches bailaban al compás de los bulbosos de barro; los silbidos, las palmadas, el canto, eran libres al igual que los venados. Las lámparas languidecieron. En la oscuridad quedó una gavilla solitaria. Abrió los ojos para observar un rastro perdido. Las viandas del rededor se convirtieron en la exigua cena del viajero.

Aguzaba los sentidos, tratando de comprender aquello que había escuchado. Un espacio y un tiempo —un lugar, un horario—, fragmentos incomprensibles, pero cuanto percibía chocaba con su experiencia, con las cuatro regiones tiempo-espacio, sin divisiones. Ahora él se encontraba justo en el corazón, en el centro de los senderos.

El azorado hechizo en el que se hallaba, lo hacía escuchar los pensamientos de los animales. No cabían más dudas, se encontraba en otro espacio, en la zona invisible, donde el pasado, presente y futuro son las quimeras de un dios extraño. El río del tiempo completaba al inconcluso espacio de la tierra.

La arqueología era la vegetación. El antiguo tiempo, lo que quedó debajo, era el manantial escapando del agujero del universo. Ahí se veía de niño, jalado por una persona que le decía: "anda hacia atrás" para apurarlo, mientras la muchedumbre los perseguía. El miedo se apoderó de él: ¿quiénes eran esas personas y por qué amenazaban con aprehenderlo? La angustia creció exponencialmente, el terror de una mano velluda sobre su hombro lo arrastró a la fragmentación del tiempo, al pasado ajeno, a la zona de la visibilidad.

Al otro extremo, él debía cruzar al otro lado. Regresar, nuevamente, al espacio hipotético, al horizonte que era invisible para los hombres barbados. Sólo ahí estaría seguro. Su madre le gritó: "ianda hacia el principio!" Eso fue todo. Los ojos desfondados, desafíos del espejo del agua, librándose de los fantasmas.

La noche, sin embargo, evitaba la tregua, lo agujoneaba para caminar. Recorría, una y otra vez, el anillo que habían dejado las personas, seguro de que habían estado ahí, ¿si no quién? A ratos levantaba la cabeza para mirar el brazo de su madre que lo arrastraba entre la multitud. Volteaba sobre su hombro, y veía la puerta de ramas que cerró para seguir el antiguo camino a la ciudad. Estaba atrapado en dos vertientes que formaban hilos ensortijados sucesivos y contrapuestos, coyunturas del pasado y el futuro, alimentándose de sus angustias.

La madre era arrastrada por gentileshombres, la turba jalaba igualmente con sus grandes lenguas, voces enredaderas. El huipil hecho andrajos; su madre vestida de sospecha. "Agarren también al muchacho, ¡qué no se escape!" Dos manos velludas retienen sus hombros. Las tenazas sujetan la carne al rojo vivo. Los dedos dejarían pequeños discos. El caballero, ensoberbecido, sacude su criatura.

El círculo se rompe, la gente está muerta. Él está parado en la extremidad del río. Los cuerpos forman un redondel en la plaza, suspendidos de las horcas. El pasado se proyecta desde el futuro. Él camina de espaldas. Desde su posición dibuja el presente. El grito de la mujer: "iAnda al encuentro del tiempo que dejaste atrás!", contempla los ojos de su madre, dos ojos de otoño resignándose a su suerte, mientras él huye por la noche inclinada, internándose en el bosque.

Corre a contracorriente. "iAnda hacia el principio!", se repite. La multitud intenta detenerlo, el agua del río se vuelve turbulenta; no importa, deja atrás a las personas; va al encuentro del tiempo que viene. Está en el

tiempo-espacio. Está perdido. El pasado había subido a la superficie del agua, su futuro diluido en el fondo; queda oculto en la región no-visible, en la ignota lontananza, donde no hay principio ni fin.